

La creación del Ejército Rojo Obrero y Campesino
Resolución sobre el informe relativo a la creación del Ejército Rojo Obrero y
Campesino (adoptada por el V Congreso de los Sóviets)

León Trotsky
10 de julio de 1918

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 1, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 311-330; también para las notas. Informe en el V Congreso de los Sóviets, en la sesión del 10 de julio de 1918.)

Nuestros adversarios, y con mayor razón nuestros enemigos (aunque podría decirse que en el curso de la revolución nuestros adversarios se transforman en nuestros enemigos) nos acusaban de no haber llegado más que gradualmente y con retraso a la conclusión de que es necesario crear un ejército, y además un ejército construido sobre bases sólidas, planificadas, científicas.

El programa de nuestro partido, como el de todo partido obrero socialista, no habla en absoluto de destruir y abolir el ejército en la actual época de lucha, sino solamente de fundarlo sobre nuevos principios democráticos, sobre el principio de la milicia y del armamento de todo el pueblo.

Yo me referiré después a la forma en que debe aplicarse este principio del armamento de todo el pueblo en las condiciones revolucionarias de la época de guerra civil. Pero ahora ya, antes de pasar a esa cuestión, es necesario preguntarse: ¿Por qué ha desaparecido el viejo ejército, que era un ejército regular y, en la medida que lo permitían las fuerzas materiales e ideológicas del viejo régimen, un ejército asentado en bases científicas?

La razón principal del hundimiento del viejo ejército no reside en el antimilitarismo de la revolución, ni en que la revolución niegue la defensa militar como tal, sino exclusivamente en la estructura de clase de ese ejército, en el hecho de que estando compuesta su masa de obreros y campesinos tenía un aparato dirigente construido, organizado y educado de tal manera que el ejército sirviera automáticamente a la clase entonces dominante, con un monarca en la cúspide.

Esto, huelga decirlo, no lo olvidaremos nunca. Y por eso nos parece inconsistente, infantil, la afirmación de algunos especialistas militares según la cual al ejército lo mató la política, y sólo puede existir como organismo sano y apto para el combate cuando se mantiene al margen de toda política.

Últimamente, por ejemplo, uno de los más eminentes entre los antiguos generales, Brusílov, le confió a la prensa burguesa (con ocasión de las *memorias* de Kerensky, publicadas en forma de folleto) que la descomposición del viejo ejército fue un proceso provocado por la revolución como tal y que la reconstitución de las fuerzas armadas no es posible más que aislando al ejército de la política. Por “política” se entiende aquí, no hace falta decirlo, los intereses de los obreros y campesinos, porque nunca hubo un ejército en la historia (ni existe actualmente) situado “fuera de la política”.

“La guerra [decía el famoso teórico alemán de la guerra, Clausewitz) es la continuación de la política por otros medios”. O lo que es lo mismo: el ejército de un país está subordinado a la política de dicho país.

De todo esto resulta que el ejército del zarismo no era otra cosa que una fuerza armada adaptada al servicio de los intereses del zarismo y de la política zarista. No recordaré, como máxima prueba, su condición externa, con el juramento de fidelidad al zar, el sedicente himno nacional, que era un himno al zarismo, el calendario de paradas,

todo lo que creaba en torno al ejército una densa atmósfera de política zarista. Me limitaré a recordar el cuerpo de oficiales, transformado en aparato de sumisión de las masas obreras y campesinas a las exigencias de los altos círculos dominantes.

Si el viejo ejército se descompuso, la cosa no se debe a unas u otras consignas maléficas, sino a aquello que produjo también la revolución: la indignación de las masas obreras y campesinas contra las clases que entonces gobernaban. El viejo ejército no hizo más que compartir el destino de la vieja Rusia. Si la rebelión de los campesinos contra los terratenientes, de los obreros contra los capitalistas, de todo el pueblo contra el reinado del burocratismo y del zar, determinó el derrumbe de la vieja Rusia con ello quedó predeterminado también el derrumbe del viejo ejército. Estaba contenido en la mecánica interna de la revolución y en la dinámica de las fuerzas de clase.

Y cuando ahora nos lanzan la acusación de que la revolución de octubre hirió de muerte al ejército y lo descompuso, yo, camaradas, que he vivido ese periodo en Petrogrado, recuerdo muy bien (y lo recuerdan muchos de vosotros) cómo en el curso de septiembre y octubre, hasta el momento de la revolución de octubre, acudían a nosotros delegados de los regimientos, divisiones, cuerpos y ejércitos enteros, para decimos: “En las trincheras está gestándose algo terrible. El ejército no está dispuesto a seguir en las trincheras si no se dan pasos decisivos hacia la paz”.

En este periodo se difundían en las trincheras proclamaciones hechas por los mismos soldados en las que se decía: Nosotros los soldados permaneceremos hasta las primeras nieves, después abandonaremos las trincheras y nos iremos.

Si este ejército agotado e interiormente derrotado (derrotado ante todo, ya bajo el zarismo, por los terribles golpes asestados por el ejército alemán, después por la venalidad y la infamia del régimen zarista y, finalmente, por el engaño de los conciliadores y la burguesía después de febrero); si este ejército triplemente derrotado, pudo aún durante noviembre, diciembre y enero, pese al tremendo reflujo que venía de las trincheras, mantenerse en su sitio, ello se debió únicamente a la influencia moral de la revolución de octubre.

Pero ninguna fuerza podía ya conservar ese ejército como tal, porque estaba destruido interiormente. Tenía que atomizarse, pulverizarse; cada soldado, cada obrero y campesino, tenía que desmovilizarse, regresar a su panal, a su célula económica, para poder desde allí, regenerado, enrolarse de nuevo en un nuevo ejército construido a imagen y semejanza de los intereses de las nuevas clases llegadas al poder, de los obreros y de los campesinos no explotadores de trabajo ajeno.

“Pero vosotros habéis intentado reconstruir el ejército sobre el principio del voluntariado”, se nos ha objetado de nuevo.

Yo no conozco nadie en nuestros medios que haya considerado nunca el principio del voluntariado como un principio sano para la organización de un ejército verdaderamente democrático y popular; El principio del voluntariado fue adoptado en Inglaterra, un estado rapaz, cuya principal tarea militar es la organización de la flota, y la flota no exige un material humano numeroso. El principio del voluntariado se aplica en los Estados Unidos, que hasta los últimos tiempos no tenían una política imperialista de pillaje fuera de América porque el territorio americano ofrecía amplio espacio a la burguesía del Nuevo Mundo.

A excepción de América e Inglaterra, en todos (absolutamente todos) los países democrático-burgueses el principio del servicio militar obligatorio es un principio inmutable, impuesto también por las condiciones de orden general, el régimen político, etc.

El partido de los obreros y campesinos y el poder soviético que se apoya en esas clases no podían, en modo alguno, plantearse el problema de la defensa del país sobre la

base del voluntariado. Recurrieron provisionalmente al principio del voluntariado únicamente porque atravesaban el momento más agudo, crucial, de la revolución, cuando el viejo ejército se deshacía y junto con él se deshacía el viejo aparato militar de dirección, tanto en el centro como a nivel local.

Para reclutar un nuevo ejército según leyes dictadas por los intereses de las clases trabajadoras, era necesario, en primer lugar, que el viejo ejército se dispersara definitivamente por las células de trabajo y de clase, se transformara en la materia primera a partir de la cual podría construirse después un ejército nuevo, socialista; era necesario, en segundo lugar, que fuera creado previamente un aparato de dirección militar en el centro y en la periferia, el cual pudiera inventariar todo el material humano existente y atraerlo planificadamente a la prestación del más importante de los servicios civiles, el servicio de protección del régimen y de la patria obrera y campesina.

He ahí por qué, camaradas, cuando aún no habíamos podido crear los órganos de registro, convocatoria y formación de los nuevos cuadros, pero al mismo tiempo no se podía esperar porque nuestros enemigos interiores y exteriores no dormían, no nos quedaba más recurso que dirigirnos al pueblo y decirle: “Vosotros, obreros, y vosotros, campesinos, que veis la difícil situación del poder soviético, de nuestro poder, responded a nuestro llamamiento, y aquellos de vosotros (vengan de la fila del viejo ejército, de las fábricas o del campo) que quiera salvar a la patria socialista, deben ponerse inmediatamente bajo las banderas del Ejército Rojo como voluntarios”.

No se trataba de un principio que defendiésemos y aplicáramos. Era una medida de compromiso en ese momento porque no quedaba ninguna otra salida. Pero si vosotros veis todas nuestras declaraciones de principio desde la revolución de octubre, todos nuestros discursos programáticos, podréis constatar que para nosotros el principio del voluntariado era una medida temporal un paliativo, en contradicción de principios con la construcción del verdadero ejército obrero y campesino.

He ahí por qué nosotros nos planteamos, ante todo, la tarea de crear, en el plano local, los órganos de dirección militar, de registro, convocatoria, formación e instrucción. Los comisariados militares locales ya no son secciones de los sóviets locales, sino que se encuentran jerárquicamente subordinados los unos a los otros hasta el Comisariado del Pueblo de Asuntos Militares.

El 8 de abril hemos promulgado el decreto sobre la creación de los comisariados de comarca, distrito, provincia y región. Los comisariados regionales dependen del Comisariado del Pueblo de Asuntos Militares.

Se trata, camaradas, de una reforma militar administrativa fundamental. Sin llevarla a cabo con exactitud y escrupulosidad sobre el terreno no podremos llevar a cabo ninguna movilización seria, incluso cuando hayan mejorado las condiciones para ella y habrán mejorado en el momento en que recojamos la nueva cosecha.

En la creación del ejército se refleja la situación general de país, el estado de la economía, de las reservas de abastecimiento del transporte, etc. Todas las dificultades sobre las que han informado aquí diferentes comisariados y diversos delegados locales, la ruina y otros fenómenos, se reflejan en la actividad del departamento militar y dificultan la creación del ejército. No digo esto para aumentar el escepticismo de nadie. Al contrario, yo estoy penetrado de la misma fe que indudablemente alienta en cada uno de vosotros; la fe en que venceremos todas las dificultades y los peligros, en que los superaremos todos y crearemos la situación favorable para la consolidación de la república soviética.

Ahora, antes que nada, necesitamos crear un aparato de administración militar en comarcas, distritos, provincias y regiones. Sin hablar ya de los comisariados de comarca (que no existen más que en número insignificante), los comisariados de distrito no existen en todas partes, o no están organizados del todo, no cuentan con todas las secciones y no

siempre disponen de la plantilla establecida por nosotros, es decir, no tienen especialistas. Incluso los comisariados de provincia cojean a menudo, de una o de las dos piernas, no tienen los suficientes cuadros competentes, los comisarios sólidos y prestigiosos que necesitan. Y sin esto, camaradas, no podremos evidentemente crear ejército alguno.

Es necesario, además, que cada comisariado tenga bien presente su dependencia jerárquica del comisariado inmediatamente superior: el comarcal del de distrito, éste del provincial, el provincial del regional, y el regional del centro, de Moscú. Es un mecanismo simple, pero hay que asimilarlo, cosa que no siempre sucede. El centralismo soviético se encuentra aún en estado embrionario, y sin él no crearemos nada, ni en el dominio del abastecimiento ni en ningún otro, y menos aún en el dominio militar.

El ejército, por esencia, es un aparato rigurosamente centralizado, estrechamente conectado con su centro. Sin centralismo no hay ejército.

A este propósito vosotros habéis escuchado aquí la afirmación de que nosotros no necesitamos, en general, un ejército, edificado sobre principios científicos, sino milicias guerrilleras. Es como si se nos dijera: “El gobierno obrero y campesino no necesita ferrocarriles, utilizaremos el transporte a tracción animal; abandonemos el arado para tractor, allí donde lo haya, y volvamos al arado romano; reculemos, en general, al régimen de los siglos XVI y XVII”, porque esa vuelta a los destacamentos de guerrilleros es un salto atrás de varios siglos.

Sí, es verdad, cuando actuábamos en la clandestinidad creábamos destacamentos guerrilleros, pero incluso en ellos intentábamos crear la máxima centralización y unidad de acción. Pero nosotros no hemos tomado el poder para seguir renqueando, de manera artesanal, en la marcha hacia nuestros objetivos. Al coger en nuestras manos todo el aparato estatal centralizado, nuestro propósito es construirlo sobre nuevas bases, convertirlo en el aparato de las clases que ayer todavía estaban oprimidas y humilladas. Se trata de una gran experiencia histórica que debemos realizar, la experiencia de edificar el estado obrero y campesino, su economía, su ejército centralizado.

Y para esto debemos, ante todo, instaurar un centralismo soviético extremadamente severo. Desgraciadamente encontramos oposición por doquier a nivel local, y temo que la encontremos incluso aquí, entre algunos de los camaradas presentes. Esta oposición es comprensible psicológicamente; nació ya bajo el antiguo centralismo burocrático que asfixiaba cualquier libre iniciativa, toda personalidad. Y ahora, cuando nos hemos sacudido ese viejo aparato burocrático, nos parece que cada uno podemos actuar con plena independencia, que sabemos hacer todo y lo haremos nosotros mismos. Estamos habituados a ver el centro como un estorbo y una amenaza. Nos dirigimos al centro, camaradas, cuando necesitamos dinero o blindados; todas las comarcas sienten ahora gran simpatía por los blindados y no hay ninguna que no exija, por lo menos, una docena de blindados.

Pero el centro sólo puede daros lo necesario, y cuando se necesario. Hay que poner fin a ese sistema consistente en que los distritos envíen delegados a Moscú en cuanto tienen necesidad de cualquier cosa, pensando que así será obtenida más rápidamente. Esto crea un desorden enorme y grandes dificultades. Es necesario, por ejemplo, que los diputados de los sóviets provinciales enseñen a los comisarios de la correspondiente administración militar a velar para que los diputados de los sóviets de distrito envíen sus presupuestos y listas a través de las regiones. Sólo así podremos poner a punto un aparato militar que nos ayude a crear el ejército.

Este aparato militar no es, naturalmente, más que el esqueleto administrativo. Para crear el ejército es necesario atraer, con ayuda de ese aparato, el elemento vivo, creador, humano, elemento consciente, porque en esto consiste la diferencia entre nuestro ejército y el anterior. El ejército zarista era fundamentalmente campesino, pero el campesino era

inconsciente, ignorante iba, sin reflexionar, allí donde le mandaban. La disciplina no pasaba a través de la conciencia individual de cada soldado.

Ahora en el país se quejan frecuentemente, y nosotros no quejamos, de falta de disciplina. La vieja disciplina, esa disciplina mediante la cual cada obrero, cada campesino ignorante, era uncido a su regimiento, a su compañía, a su sección, y marchaba sin preguntar a dónde lo llevaban ni por qué debía verter su sangre; esa disciplina, no nos sirve. En el campesino ignorante y en el obrero oprimido la revolución ha despertado la personalidad humana, y ésta es la conquista más grandiosa de la revolución.

La revolución dio al campesino la tierra; al obrero y al campesino el poder: son grandes conquistas de la revolución, pero ninguna es tan importante como el despertar en cada oprimido, en cada humillado, de la personalidad humana.

En los primeros tiempos este proceso del despertar de la personalidad toma formas caóticas. Si ayer todavía el campesino no se consideraba persona, y estaba presto a verter ciegamente su sangre a la primera orden del jefe, ahora ya no quiere obedecer ciegamente. Pregunta: ¿a dónde me llaman? ¿Por qué me llaman Y declara: ¡no iré, no quiero someterme! Habla así porque en él se ha despertado, por primera vez, la conciencia de su dignidad personal, y esta conciencia que es todavía demasiado deslumbradora, aún no asentada, se traduce en formas y actos anárquicos.

Necesitamos alcanzar un equilibrio en el que cada campesino, cada obrero, al mismo tiempo que tiene conciencia de su personalidad humana y de su derecho al respeto ajeno se sienta parte de la clase trabajadora de la Rusia republicana y sea capaz de ofrecer incondicionalmente su vida en aras de la Rusia republicana soviética.

Si antes el hombre del trabajo no se estimaba a sí mismo, ahora, por el contrario, no estima a la colectividad. No hay que olvidarse de la colectividad, hay que pensar en los intereses de toda la clase trabajadora, de nuestra patria obrera socialista.

He ahí el cemento psicológico con cuya ayuda podemos crear un nuevo ejército, un ejército verdaderamente soviético, consciente, trabado por una disciplina que pase a través de la reflexión y no sea la simple disciplina del palo. Esta es la disciplina que aplicaremos y no queremos saber nada de ninguna otra.

Pero para esto, repito, necesitamos tener un aparato centralizado.

Yo he indicado, al comienzo del informe, que el principio democrático es el principio del servicio militar obligatorio, y como no lo hemos introducido en la práctica somos objeto de muchos ataques de los periódicos burgueses y de la política burguesa. Se nos exige que establezcamos el servicio militar obligatorio.

Ese servicio es el que debe regir en un régimen democrático, en condiciones de paz. Pero nosotros vivimos en las condiciones de guerra civil abierta entre las clases. Es el hecho esencial del que nosotros partimos. No vamos a discutir si este hecho es bueno o malo. La guerra civil no es un principio sino un hecho preparado por siglos de desarrollo histórico, por siglos de opresión de los trabajadores, los cuales se han insurreccionado contra esa opresión. No podemos dejar de tener en cuenta ese hecho.

La guerra civil desgarrar sin piedad la envoltura nacional. Las clases poseyentes están dispuestas a tender la mano en cualquier momento a todo agresor extranjero a fin de aplastar a los obreros y campesinos de su país. También esto es un hecho, que ha encontrado su confirmación en los acontecimientos de Ucrania, del Don, de Múrmansk y de las riberas del Volga. En todas partes las clases burguesas se conducen frente al poder de los obreros y campesinos con mucho más odio que frente al poder de los imperialistas alemanes, o anglofranceses, o el poder de los checoslovacos, hechura de la Bolsa de París.

Desde el momento que hay la guerra civil es natural que no estemos interesados en armar a nuestros enemigos de clase, aliados al mismo tiempo de nuestros enemigos

exteriores. No queremos armar a la burguesía, dispuesta a poner las armas recibidas al servicio del imperialismo extranjero.

Nosotros hemos rechazado la Asamblea Constituyente porque esta forma democrática no era más que la forma viciada y vacía bajo la cual las clases se encontraban frente a frente, en una lucha por el poder que sólo pueden resolver las armas. Y en ese momento, en esas condiciones, el servicio militar obligatorio era también una forma vacía.

Para la burguesía sería correr al Ural, con Krasnov, con los checoslovacos, unirse a todos los enemigos y lanzarse contra nosotros; para nosotros el servicio militar quiere decir derrotar a la burguesía, a nuestros enemigos interiores y exteriores.

Así queda definido el principio que rige la construcción de nuestro ejército. En éste incluimos a los obreros y campesinos; nuestro ejército refleja todo el sistema de los sóviets, su congreso panruso. Es comprensible que los agentes de la burguesía (socialrevolucionarios, mencheviques) se lancen agresivamente contra nuestro método de creación del ejército. Odian, como es natural, nuestro ejército puesto que es el instrumento del régimen soviético. Repitiendo las palabras, ya citadas, del teórico alemán, (la guerra y el ejército reflejan la política general) podemos decir que la política soviética, obrera y campesina, necesita un ejército soviético rojo, obrero y campesino.

Pero entre los campesinos y los obreros se hace agitación diciéndoles que el poder soviético les impone el servicio militar mientras libera de él a la burguesía y los terratenientes. A este argumento, camaradas, debemos responder así: “En la época en que vivimos, el fusil no es una carga sino un privilegio, y lo monopoliza la clase dominante.”

Por falta de tiempo y por no disponer aún de un aparato militar completamente constituido, no hemos podido aún imponer a la burguesía ciertas cargas a las que las clases burguesas no deben escapar, naturalmente. El Consejo de Comisarios del Pueblo está elaborando una serie de decretos que espero sean promulgados próximamente, para imponer dichas cargas. La burguesía proporcionará tropas para la retaguardia, equipos de trabajo y de servicios¹.

Se nos dice que esto es cruel y nosotros respondemos: si la juventud burguesa demuestra en la práctica que es fiel a la clase obrera y a la clase campesina, que está dispuesta a vivir con ellas, comer de la misma olla fraternal, a luchar contra nuestros enemigos interiores y exteriores, nosotros, claro está, abriremos a esa juventud de par en par las puertas del Ejército Rojo. Pero aquellos en los que la revolución no ha desvanecido aún la idea de una restauración del poder burgués y terrateniente, necesitan un buen aprendizaje. A éstos les diremos: “Nuestros antepasados, nuestros padres y abuelos han servido a vuestros padres y abuelos, quitaron el barro y el estiércol, y nosotros os obligaremos a hacer lo mismo.”

¹ El estatuto de las milicias de retaguardia apareció en el decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo del 20 de julio de 1918. De acuerdo con este decreto, todos los ciudadanos no incluidos en los llamamientos a filas de sus clases de edad debían cumplir un año en las milicias de retaguardia. De estas milicias se forman batallones de trabajo destinados a obras, construcción de caminos, depósitos, talleres, almacenamiento de combustibles y víveres, trabajos de carga, etc. Se disponía el registro riguroso de todos los ciudadanos sometidos al llamamiento, entre los 18 y los 45 años de edad, según las siguientes categorías: 1) los que vivían de rentas no provenientes de su trabajo; 2) los que utilizaban trabajo asalariado para obtener algún beneficio; 3) los miembros de los consejos de administración de las sociedades por acciones, de las empresas industriales, comerciales y agrícolas; 4) los antiguos abogados y sus ayudantes, habilitados privados, notarios, agentes de cambio, intermediarios, colaboradores de la prensa burguesa; 5) monjes y servidores de las iglesias y cultos religiosos (de todas las confesiones); 6) las personas de las llamadas profesiones liberales si no cumplen funciones de utilidad pública; 7) antiguos oficiales, funcionarios, alumnos de las escuelas de junkers, cuerpos de cadetes y personas sin ocupación definida.

Hasta que no reconozcáis que la Rusia soviética es el país de la igualdad en el trabajo, en las obligaciones civiles o militares, os impondremos un duro aprendizaje.

Pero también para la resolución práctica de este problema necesitamos la creación de los comisariados militares locales que se encarguen del registro y control de la clase obrera para enrolarla en el ejército, y del de la burguesía para enrolarla en equipos de retaguardia.

Como ya he dicho, la cuestión del servicio militar obligatorio la resolvemos sobre la base del principio general del régimen soviético. Nosotros emprendemos (hemos emprendido ya) la instrucción militar de todos los obreros y de todos los campesinos que no explotan trabajo ajeno. Pero este conjunto colosal de hombres que deben pasar un periodo de instrucción no constituye aún el ejército sino únicamente las grandes reservas que pueden ser llamadas en el momento crítico. Entre tanto inmediatamente, necesitamos tener el núcleo fundamental del ejército preparado para el combate en todo momento. Este núcleo lo hemos formado hasta ahora por medio del voluntariado, pero tuvimos que renunciar a este principio y llegamos prácticamente al método de la movilización obligatoria.

Hasta ahora hemos hecho una sola experiencia práctica completa: la movilización en Moscú de dos edades: 1896 y 1897. Como siempre, en todos los corrillos y trastiendas burguesas se cuchicheaba que la experiencia iba a fracasar, ni un solo obrero se presentaría. Vosotros sabéis, camaradas, que no hemos recurrido a ninguna coacción porque no hubo ninguna necesidad. Todos los obreros se presentaron como un solo hombre y entre ellos seleccionamos los miles que nos hacían falta, con los que formaremos magníficos regimientos combativos.

El Consejo de Comisarios del Pueblo ha prescrito a la comuna de Petrogrado proceder a la misma movilización de las quintas de 1896-1897. Llevamos a cabo, además, complementariamente, la movilización de tres quintas de obreros correspondientes a las tropas de artillería e ingenieros.

Quien conoce al proletariado de Petrogrado no dudará que la movilización se hará de manera irreprochable. Por decreto general, sin fijación de plazo, se ha proclamado la movilización en 50 distritos del Volga, del Ural, de Siberia, del Don y del Kubán. Pero allí las premisas administrativo-militares para la movilización efectiva no existen aún en grado suficiente.

Todas estas experiencias parciales no son más que pasos preparatorios para la promulgación de la ley sobre la obligación que tiene cada ciudadano de la república soviética, entre los 18 y los 40 años, de responder en todo momento a la convocatoria del poder soviético para la defensa del mismo.

Vamos a pedir al congreso que nos autorice, en interés de la república, a movilizar dos, tres y más edades, en función de las condiciones existentes. Habiéndonos concedido ese derecho, vosotros, camaradas delegados, de regreso a vuestras localidades explicaréis ante cada asamblea de obreros y campesinos que para defendernos de los enemigos, para no caer bajo el yugo del imperialismo, necesitamos una fuerza militar.

Y aquí, aprovechando la ocasión, nosotros hemos dicho a esos camaradas s-r de izquierda que no se han separado de nosotros (y espero que no se separen, que permanecerán fieles al poder soviético); que dicen sentir con particular agudeza el yugo del imperialismo alemán en Ucrania (verdad es que no sentían tan fuertemente la presión del otro imperialismo) y declaran: “Nosotros no queremos ser esclavos”; hemos dicho a esos camaradas: “Nosotros tampoco queremos ser esclavos, todos queremos ser ciudadanos libres de la Rusia soviética, y por eso, camaradas, no os pongáis nerviosos, no caigáis en el histerismo, organizad en todas partes compañías, batallones, regimientos del ejército obrero y campesino.”

Si, camaradas, la guerra y el ejército son la continuación de la política, la política, a su vez, es el reflejo de la fuerza del ejército.

Uno de los problemas más difíciles que plantea la creación del Ejército Rojo es el del cuerpo de mando. La crisis del viejo ejército provocó la escisión entre las masas trabajadoras y clases dominantes, lo que llevó a la ruptura entre la masa soldados y los oficiales. Era inevitable.

La clase obrera y la masa campesina no tienen aún experiencia de gobierno, no poseen los conocimientos necesarios en todas las ramas de la gestión económica, estatal y militar. Es un hecho indiscutible ante el que no podemos cerrar los ojos. Tenemos poquísimos ingenieros, médicos, generales y oficiales que puedan considerarse vinculados estrechamente a la clase obrera y a los campesinos. Los centros de enseñanza, la atmósfera en que se educaron todos los especialistas burgueses, les crearon la convicción de que las masas trabajadoras no pueden coger en sus manos el aparato del poder estatal; sólo las clases burguesas instruidas pueden gobernar. Cuando nosotros tomamos el poder se encontraron, en su mayor parte, en el campo de nuestros enemigos y sólo unos cuantos, prudentemente, permanecieron neutrales, esperaron a ver qué pasaba, quién vencía, a fin de proponer sus servicios al vencedor.

Pero de ahí no se deduce, camaradas, como piensan algunas personas ingenuas y superficiales, que debemos renunciar a los servicios del antiguo personal de mando y arreglarnos con nuestros propios medios. Eso nos llevaría al guerrillerismo, a un nivel artesanal en lo militar.

El poder de la clase obrera y de los campesinos no comienza allí donde, con el látigo de la guerra civil, hemos expulsado a la burguesía y los terratenientes del aparato estatal; el poder comienza allí donde hemos tomado ese aparato en nuestras manos y le hemos obligado a servir a los objetivos de nuestra propia clase.

Cañones zaristas, ametralladoras zaristas, blindados, ingenieros, generales, especialistas de todo rango; todo será inventariado, registrado y declararemos: “Bueno, señores, hasta ahora todo esto se encontraba en manos de las clases poseyentes, a su servicio; en adelante tengan a bien servir a la clase obrera.”

Pero se nos objeta: “¿Y si traicionan?” Naturalmente, hay traiciones. ¿Acaso altos funcionarios de los ferrocarriles, empleados de todo pelaje, no se han dedicado al sabotaje y llamaron a la huelga? ¿No hubo casos vergonzosos en que detuvieron la circulación de trenes con soldados del Ejército Rojo? ¡Todo lo que queráis! ¿A qué conclusión llegar? No, claro está, a que debemos renunciar a los ferrocarriles, sino a que debemos cazar a los saboteadores y acogotarlos sin piedad. Y apoyar, en cambio, a los ingenieros y cuadros ferroviarios honestos. Lo mismo puede decirse de los oficiales.

Entre nosotros, a nivel local, se dice: “Invitan a los antiguos generales.” Y muchos añaden: “Restablecen el antiguo régimen.” Pero cuando las cosas se ponen serias nos telegrafian: “¡Enviadnos especialistas competentes, dirigentes militares!”. Y entre los dirigentes militares, los especialistas militares, hay toda una categoría de gentes, puedo afirmar, que ahora sirven honestamente al régimen soviético porque lo ven sólido, firme y capaz de hacerse obedecer. No utilizarlos sería infantilismo puro. Al contrario, todos los especialistas militares que cumplan honestamente nuestras directivas deben encontrar el más enérgico sostén en todas partes. Los sóviets locales, los hombres soviéticos debe deshacer los prejuicios y la desconfianza de las masas hacia ellos; deben explicar a las masas: “Tú, obrero, campesino, tú tienes en tus manos el poder del estado, tú eres parte de ese poder. Ahora, por consiguiente, los oficiales y generales te sirven a ti.”

-¿Y si hay algo que nos escapa?, objetan.

-¡Camaradas! Si teniendo en las manos todo el poder hay algo que nos escapa es que no valemos nada.

Es posible que junto con los especialistas militares honesto se nos cuelen una o dos decenas de especialistas cuya intención es utilizar sus puestos para complots contrarrevolucionarios Hemos tenido ya un caso así en la flota del Báltico y ya sabéis cómo ha terminado.

No queremos un ejército artesanal, basado en principios improvisados, sino un ejército auténtico, centralizado, edificado sobre los principios de la ciencia y la técnica militares. Y para esto debe tener los suficientes cuadros de especialistas militares. Por el momento no tenemos especialistas militares salidos de la clase obrera. De ahí que tengamos que atraer a los antiguos.

Entre los oficiales cuya conciencia y experiencia sólo se han formado durante la guerra y la revolución, hay muchos para los que esos acontecimientos no pasaron en vano. Han comprendido que la revolución provocó un profundo proceso orgánico, que el pueblo y el ejército salieron transformados de la revolución, y ahora hay que construir el ejército por otras vías y con otros métodos. Entre estos jóvenes oficiales hay no pocos que nos comprenden y marchan a nuestro lado.

Al mismo tiempo hemos hecho todo lo posible para crear una nueva oficialidad salida de los obreros y campesinos que han pasado por la prueba de la guerra y sienten vocación militar. Les haremos seguir cursos de instrucción y aumentaremos de mes en mes el número de estos cursos hasta cubrir el país entero.

En Moscú, esos alumnos de los cursos de instrucción, nuestros futuros oficiales soviéticos, han participado en la represión de la sedición. Son los soldados más fieles, más firmes, del poder soviético. Puestos al frente de las pequeñas unidades, secciones y compañías, constituirán el baluarte del poder soviético, un baluarte contra el que se estrellará cualquier maquinación hostil en las filas del Ejército Rojo.

Al mismo tiempo hemos abierto las puertas de la Academia de Estado Mayor, hoy llamada Academia Militar, a personas privadas de instrucción. Antes sólo podían ingresar en ella especialistas militares con determinado grado de instrucción. Nosotros dijimos: cada soldado con cierta experiencia de mando, de pensamiento ágil e imaginación, capaz de combinar tareas militares, puede ser admitido a la Academia Militar. Al cabo de dos o tres meses sabremos si ese trabajo está por encima de sus fuerzas. Si es así le haremos seguir cursos preparatorios y después lo pasaremos de nuevo a la Academia Militar. Hemos enviado ciento cincuenta nuevos alumnos que son soldados fieles al poder soviético y dentro de diez o doce meses saldrá de nuestra academia la primera promoción de oficiales de estado mayor.

Al mismo tiempo que creamos ese nuevo personal de mando con hombres salidos de las clases que ahora tienen el poder, seguiremos utilizando por ahora a los elementos sanos de la antigua oficialidad, dándoles amplias oportunidades de trabajo. En relación con las dificultades que encontramos para la creación del nuevo ejército debo decir que la mayor de todas es el desenfrenado patriotismo local. Los órganos locales del poder soviético interceptan, usurpan, ocultan, los bienes militares, las administraciones, no importa qué.

Cada distrito, si no cada comarca, considera que el poder soviético será mejor guardado si en los límites de dicha comarca queda concentrada la mayor cantidad posible de material de aviación, de radio, de fusiles, de blindados. Y todos quieren camuflar este material. Es un infantilismo que no sólo se da en las provincias sino incluso en el centro, hasta en radios de Petrogrado.

No hace falta decir que desde el punto de vista estatal necesitamos tener un control estricto de nuestros bienes materiales. Han quedado diseminados en diferentes lugares durante el proceso de desmovilización del antiguo ejército, sin plan alguno, siendo escamoteados, dilapidados, vendidos. Todos esos bienes deben ser recuperados,

inventariados, transmitidos por vía administrativa, concentrados en depósitos, a fin de ser puestos a la disposición de todo el país.

¿Es difícil comprender que no importa qué distrito, cualquier comarca, quedarán mucho mejor defendidos de los enemigos exteriores y de la contrarrevolución, si el poder soviético, lleva el inventario de todo el armamento y el equipo, los tiene en sus manos, en lugar de estar en lugares donde no saben ni conservarlos ni utilizarlos? Hemos enviado telegramas, quejas, a los sóviets provinciales, a propósito de este desbarajuste, pero en nueve casos sobre diez vosotros, camaradas, no nos apoyáis en las localidades con suficiente energía.

Hay que poner fin a esa situación; hay que combatir con la máxima severidad contra la usurpación, el acaparamiento y el ocultamiento de material militar por los sóviets locales.

Existe toda una serie de dificultades de orden más general. A ellas se refieren gran número de informes. Sin ir más lejos, los recibidos hoy mismo. No voy a citarlos todos: escogeré algunos como ejemplo.

He aquí un telegrama del distrito de Usman, provincia de Tambov: “La organización del Ejército Rojo se efectúa con mucha dificultad. Se han inscrito muy pocos. Los kulaks desarrollan una campaña sistemática contra el poder soviético; en algunas comarcas han disuelto los sóviets. En general, la agitación contrarrevolucionaria es muy fuerte.”

Los mismos kulaks que destruyen la organización del abastecimiento y ocultan el trigo luchan contra el Ejército Rojo. Esto significa que el Ejército Rojo no es otra cosa que una expresión de todo el régimen soviético y tropieza con las mismas dificultades, con los mismos enemigos.

Cito una comunicación de Viatka: “La labor de organización del Ejército Rojo tiene lugar satisfactoriamente. El campesinado pobre tiene una actitud favorable hacia la creación del nuevo Ejército Rojo. En la asamblea general adoptó una resolución saludando al Ejército Rojo Obrero y Campesino. La moral de los soldados rojos es muy buena, lo cual no puede decirse de los ferroviarios. Entre éstos se hace agitación contrarrevolucionaria. El comisariado militar acaba de crearse.”

Allí donde los ferroviarios constituyen una variante de las antiguas centurias negras, allí donde secundan a sus jefes, allí se insubordinan contra el poder soviético y contra el ejército soviético obrero y campesino.

De la comarca de Kalievo, distrito de Volokolamsk, provincia de Moscú, me han comunicado que los campesinos de una aldea han declarado que todos los enrolados en el Ejército Rojo deben abandonar inmediatamente el servicio y regresar a su aldea para el 30 de junio. Los incumplidores de esta orden serán privados de su posición campesina (así se dice en la resolución) y no serán admitidos en la aldea. De esto informa un comisario, el cual agrega que la cosa produjo muy mala impresión en el Ejército Rojo. Yo, camaradas, aprovecho esta alta tribuna del Congreso Panruso de los Sóviets para dar a los kulaks y a las centurias negras de la comarca de Kalievo, del distrito de Volokolamsk, un primer aviso. No tienen derecho a privar a los miembros del Ejército Rojo de su “posición campesina”, y si intentan levantarse contra la creación del ejército obrero y campesino ellos mismos serán privados de toda posición.

Según los informes que nos envían nuestros comisarios, la idea del servicio militar obligatorio encuentra, en la mayoría de los casos, una acogida muy favorable en los obreros y campesinos pobres. He recibido, por ejemplo, un telegrama de nuestro comisario regional sobre el congreso provincial de Yaroslavl. Comunica que este congreso saluda el último decreto sobre el servicio militar obligatorio y considera que una de las tareas importantes, tal vez la más importante, del momento actual es la formación

del Ejército Rojo Obrero y Campesino, su instrucción técnica y su armamento de acuerdo con la última palabra de la ciencia militar. El congreso está firmemente persuadido que la Rusia soviética logrará realizar sus más caras aspiraciones y en el futuro estará en condiciones de hacer frente a todos los imperialistas del mundo, no sólo con las ideas sino con la fuerza armada. Firma, por el congreso, Najimson.

Najimson era nuestro comisario regional. Fue muerto en Yaroslav durante la sedición de los guardias blancos. Ha sido uno de los cuadros más abnegados del régimen soviético, uno de nuestros mejores comisarios. Sus ideas, que acabo de citar, serán realizadas por nosotros: crear un ejército obrero y campesino armado según la última palabra de la técnica y perfectamente instruido.

En conclusión, diré que esto mismo piensan todos aquellos que antes dudaban. En el comité del partido de la región del noroeste había camaradas que desconfiaban un tanto, criticándolo, de nuestro propósito de construir un ejército racionalmente, sobre la base de la ciencia militar, recurriendo a los especialistas militares que sean indispensables. Yo he recibido de allí, precisamente de esos camaradas, un telegrama en el que se exige establecer una disciplina muy severa, atraer el necesario número de antiguos especialistas militares, incorporar obligatoriamente a funciones militares, bajo condiciones especiales, a todos los oficiales dispersos por otros comisariados y ocupados en diversos trabajos, y crear nuevos cuadros de dirigentes militares salidos de las filas soviéticas.

Puedo citar el nombre de uno de los mejores cuadros del poder soviético, el camarada Miasnikov, que antes tenía una actitud, si no de desconfianza por lo menos de expectativa respecto a nuestros métodos de creación del ejército obrero y campesino. No sé si está presente, pero en todo caso quería intervenir sobre esta cuestión. A través de la experiencia llegó a las mismas conclusiones que nosotros y desea informar públicamente al congreso sobre el caso.

Cada vez con más frecuencia llega a nuestros oídos que militantes soviéticos, que antes refunfuñaban, a veces abiertamente, a veces a escondidas, porque estamos creando un ejército de verdad, no un ejército de juguete, artesanal, miliciano, ahora comparten nuestro punto de vista. Aquellos que protestan es porque no han comprendido aún que la clase obrera y los campesinos están en el poder y precisamente por eso todo lo que hacemos no puede ser hecho de modo improvisado, artesanal, sino sobre bases científicas.

¡Hay que dejar de refunfuñar! Se nos mete miedo: “Si invitamos a los antiguos generales los soldados rojos pensarán que los invitamos para restaurar el viejo régimen.” Y nosotros decimos: “¿Tú, obrero y campesino, tomaste el poder? ¿Quieres que lo consolidemos? Nosotros podemos consolidarlo, pero hay que crear condiciones tales que podamos trabajar con eficacia. Para ello hay que invitar a los especialistas. Para crear un ejército de obreros y campesinos necesitamos generales, y si cometemos en este aspecto errores, si vemos que alguno de esos generales realiza una labor contrarrevolucionaria, lo arrestaremos.”

Debemos considerar cada caso en particular y no rechazar en bloque a todos los especialistas. Felizmente los obreros y campesinos comprenden que para edificar sobre nuevas bases no podemos prescindir de los especialistas. Si el ingeniero burgués, invitado en la fábrica, se propone guiar sus actos por la idea de que la industria conduce al capitalismo, la dirección obrera le demostrará, naturalmente, lo contrario. Nosotros se lo hemos demostrado, y se lo demostraremos, a cada especialista militar. Nuestra tarea es crear el mecanismo del nuevo régimen, y no es una tarea sencilla.

Si el régimen zarista consiguió crear un ejército, consiguió crear una disciplina, que no servía al pueblo sino a los enemigos del pueblo, nosotros, creando un ejército para la defensa de los intereses populares lograremos forjar, no lo dudéis, una disciplina diez veces más sólida. Para ello basta con superar la enfermedad de la juventud, la enfermedad

del crecimiento, del abandono y de la debilidad, consecuencia de la maldita guerra y del zarismo.

La cuestión de si sabremos conseguirlo es la cuestión de la existencia de nuestro poder. Si no lo logramos la clase obrera deberá poner de nuevo su cuello bajo el viejo yugo.

Pero nosotros rechazamos esa idea. Sabemos que la clase obrera vencerá todas las dificultades y sabrá sostenerse durante estas semanas excepcionalmente difíciles, cuando nuestros enemigos tensan su esfuerzo, recurriendo a la insurrección, a la sedición, al bloqueo del abastecimiento, a la detención de los trenes, intentando llevar la descomposición a todas partes; cuando, de hecho, todos los partidos se esfumaron, fundiéndose en uno solo: el que tiene por objetivo derrocar el poder obrero y campesino; cuando se ponen en juego todos los medios: la calumnia, el sabotaje y el llamamiento a las bayonetas extranjeras.

Estamos convencidos de que todos los aquí reunidos, habiendo hecho provisión de nueva energía, de nueva voluntad de poder regresaréis a vuestras localidades llevando la convicción de que no hay fuerza capaz de destruirnos, porque estamos más unidos los unos a los otros. Y el ejército obrero y campesino es un vínculo nuevo, más estrecho, que crecerá, se afirmará, se consolidará.

Al cabo de un mes o dos habremos llegado a puerto, tendremos la nueva cosecha, que nos permitirá crear la base necesaria para la organización de nuestro ejército. Nos será posible, entonces, dar a nuestros soldados rojos no tres cuartos de libra de pan, sino libra y media, o tal vez dos, como necesita un muchacho fuerte y sano, que durante seis horas diarias hace ejercicios militares y dedica tres más a su formación política.

Formaremos nuevos y nuevos cuadros obreros y campesinos, los sostendremos en todas partes, aplastando cualquier espíritu de campanario, porque debe comprenderse que la Rusia soviética es un organismo único y unido, y el ejército es una parte de ese organismo, siendo necesarias una firme disciplina y una política firme y consecuente para consolidar el régimen socialista obrero y campesino.

Resolución sobre el informe relativo a la creación del Ejército Rojo Obrero y Campesino

1.- La república soviética rusa es como una fortaleza asediada por todas partes por los ejércitos imperialistas. Dentro de la fortaleza soviética levanta cabeza la contrarrevolución, que ha encontrado un apoyo temporal en los checoslovacos mercenarios de la burguesía anglofrancesa.

La república soviética necesita un ejército revolucionario sólido, capaz de aplastar a la contrarrevolución burguesa terrateniente y de hacer frente a la agresión de los rapaces imperialistas.

2.- El antiguo ejército zarista, creado mediante la violencia para mantener la dominación de los altos grupos poseyentes sobre el pueblo trabajador, sufrió una espantosa derrota en la carnicería imperialista de los pueblos. Fue definitivamente rematada por la falacia de la política de los kadetes y conciliadores, por la criminal ofensiva del 18 de junio, por el kerenskismo y el kornilovismo.

Junto con el viejo régimen y el viejo ejército se hundió y se disolvió el viejo aparato administrativo militar, en el centro y en las provincias.

3.- En estas condiciones el poder obrero y campesino no dispuso al principio de otros medios y vías para crear el ejército que el reclutamiento de voluntarios prestos a enrolarse bajo la bandera del Ejército Rojo.

4.- Al mismo tiempo el poder soviético reconoció siempre, y el V Congreso Panruso de los Sóviets lo reafirma solemnemente, que cada ciudadano sano y honesto,

comprendido entre los 18 y los 40 años, tiene el deber, al primer llamamiento de la república soviética, de acudir en su defensa contra los enemigos exteriores e interiores.

5.- Para llevar a la práctica el servicio militar obligatorio y la instrucción militar obligatoria, el Consejo de Comisarios del Pueblo ha instituido los órganos soviéticos de administración militar local, en forma de comisariados militares de región, provincia, distrito y comarca. Aprobando esta reforma, el V Congreso Panruso de los Sóviets impone la obligación a todos los sóviets locales de aplicarla rigurosamente en todos los lugares. La condición del éxito de todas las medidas adoptadas para crear el ejército es el centralismo consecuente en toda la administración militar, es decir, la subordinación rigurosa e incondicional de los comisariados de comarca a los de distrito, de éstos a los de provincia, de los comisariados provinciales a los de región, y de los regionales al Comisariado del Pueblo de Asuntos Militares.

6.- El V Congreso de los Sóviets exige de todas las administraciones locales un inventario estricto de los bienes militares, su distribución y utilización escrupulosas de acuerdo con los reglamentos y disposiciones ratificados por los órganos centrales del poder soviético.

La apropiación arbitraria de bienes militares, su camuflaje, su retención ilegal y la utilización descuidada de los mismos, serán equiparados en lo sucesivo a los crímenes de estado más graves.

7.- Hay que dejar atrás el periodo de formaciones al azar, de destacamentos arbitrarios, de organización artesanal. Todas las formaciones deben corresponder estrictamente a los reglamentos y la repartición establecidos por el Estado Mayor General. El Ejército Rojo Obrero y Campesino debe ser construido de tal manera que dé el máximo de resultados con el mínimo gasto de fuerzas y medios, lo cual sólo es posible con la aplicación metódica de todas las conclusiones de la ciencia militar sobre la base de la experiencia de la guerra actual.

8.- Para la creación de un ejército centralizado, bien instruido y equipado, es necesario utilizar ampliamente la experiencia y los conocimientos de numerosos especialistas militares procedentes del antiguo ejército. Todos deben ser enrolados y obligados a ocupar los puestos que les designe el poder soviético. Cada especialista militar que trabaje con honradez y a conciencia por el desarrollo y fortalecimiento de la potencia militar de la república soviética tiene derecho al respeto del ejército obrero y campesino y al apoyo del poder soviético. El especialista militar que intente utilizar pérfidamente su puesto de responsabilidad para complotos contrarrevolucionarios o para una traición a favor de los imperialistas extranjeros, será castigado con la muerte.

9.- Los comisarios militares son los guardianes de la vinculación íntima e indestructible del Ejército Rojo con el régimen obrero y campesino en su conjunto. Para los cargos de comisarios militares, en cuyas manos se pone el destino del ejército, no deben nombrarse más que revolucionarios irreprochables, luchadores firmes por la causa del proletariado y del campesinado pobre.

10.- La tarea más importante en la creación del ejército es la educación de un nuevo personal de mando, enteramente penetrado de las ideas de la revolución obrera y campesina. El congreso encarga al Comisario del Pueblo de Guerra de redoblar sus esfuerzos en esa dirección, mediante la creación de una extensa red de escuelas militares y la selección para las mismas de soldados capaces, enérgicos y valerosos.

11.- El Ejército Rojo Obrero y Campesino debe ser construido sobre la base de una disciplina revolucionaria de hierro. El ciudadano que ha recibido armas del poder soviético para la defensa de los intereses de las masas trabajadoras, tiene la obligación de someterse sin discusión a las exigencias y órdenes de los comandantes designados por el poder soviético. Los golfos que pillan y atropellan a la población local, o que provocan

motines; los aprovechadores, cobardes y desertores que abandonan los puestos de combate, deben ser castigados sin contemplaciones. El Congreso Panruso impone la obligación al Comisariado de Asuntos Militares de exigir responsabilidad en primer lugar a los comisarios y comandantes que cierran los ojos ante los excesos o toleran las infracciones al deber militar.

12.- Hasta que la burguesía no sea expropiada definitivamente no será sometida al servicio militar. Mientras siga aspirando a restablecer su poder, armar a la burguesía significaría armar a un enemigo dispuesto en todo momento a traicionar a la república soviética a favor de los imperialistas extranjeros. El congreso ratifica la resolución del Consejo de Comisarios del Pueblo sobre la creación de destacamentos de retaguardia compuestos de burgueses comprendidos en las edades movilizadas y destinados a trabajos y servicios auxiliares. Sólo podrán ser transferidos a unidades combatientes aquellos elementos burgueses que demuestren en la práctica su fidelidad a las clases trabajadoras.

13.- El congreso impone la obligación a todas las administraciones soviéticas, a todos los sindicatos fabriles, de cooperar por todos los medios con la administración militar en la organización del servicio militar obligatorio de los obreros y de los campesinos que no explotan trabajo ajeno. Deben crearse por todas partes sociedades y stands de tiro, organizarse maniobras y fiestas militares revolucionarias, y llevar a cabo una amplia propaganda destinada a elevar el interés por las cosas militares en la clase obrera y los campesinos.

14.- Saludando el llamamiento a filas de dos edades en Moscú y Petrogrado, así como el comienzo de la movilización en el Volga y en el Ural, y teniendo en cuenta la aspiración de los explotadores mundiales a arrastrar de nuevo a Rusia a la matanza imperialista, el congreso considera necesario llevar a cabo, en el más breve plazo, la movilización de varias edades entre los obreros y campesinos de todo el país. Se encomienda al Comité Central Ejecutivo y al Consejo de Comisarios del Pueblo promulgar un decreto fijando las edades que deben ser llamadas inmediatamente, así como los plazos y condiciones de la convocatoria.

15.- Rodeada por todas partes de enemigos, enfrentada con la contrarrevolución interior que se apoya en mercenarios extranjeros, la república soviética crea un fuerte ejército que protegerá al poder obrero y campesino hasta el día en que la clase obrera y mundial insurrecta aseste el golpe de muerte al militarismo y cree las condiciones de la colaboración pacífica y fraternal entre los pueblos.

Edicions Internacionals Sedov
Serie: [Trotsky en internet y en castellano](#)



germinal_1917@yahoo.es